

# Borges oral

Marietta Gargatagli

## I

Un hombre anciano expone recuerdos ante un interlocutor. El anciano es Borges; el interlocutor puede ser un amigo, un periodista, un profesor universitario. Detrás de la mirada ciega, los tartamudeos o las vacilaciones, el que oye va percibiendo las ondulaciones efímeras un relato oral. Se convence –porque en esa conversación están todos los signos exteriores de la intimidad– que el escritor improvisa, reflexiona o confiesa. Sin embargo, los circunloquios: «ahora que estamos solos», «esto nunca lo dije a nadie», «a usted puedo contárselo», envuelven explicaciones o trozos autobiográficos repetidos muchas veces y casi con las mismas palabras. Esas formas de «autoplagio» (que en su obra escrita son múltiples: allí repitió frases, fragmentos enteros y hasta libros a los que sólo le cambió el título) se sitúan en los márgenes de la tradición de la literatura escrita. Son astucias que vienen de siglos –encapsuladas en las etimologías de *rhapsodein*: «coser» textos, y *textum*: «tejer» palabras– y que recuerdan la habilidad atribuida a Homero, las proezas de los bardos orales, las formas más antiguas de la épica. Los epítetos homéricos, las *kenningar*, las metáforas, los *Gradus ad Parnassum* medievales eran «fórmulas» que servían para construir un discurso basado en la repetición. Mnemotecnias necesarias cuando las creaciones verbales desconocían la escritura o cuando la literatura ignoraba el concepto de *originalidad*. Si Borges dedicó explícitas reflexiones a estos problemas, no es menos cierto que muchas de las habilidades que desplegó para escribir cuando se quedó ciego tienen que ver con los procedimientos petrificados en aquellos lentos siglos de producciones orales. La *comunicación* que la memoria necesita para ejercitar los recuerdos (para recordar en sentido extenso se necesita a otro), las formas métricas de la poesía, los apoyos rítmicos de la prosa, las repeticiones, la autocita de frases felices son los signos exteriores de un método, no necesariamente consciente, para poder seguir escribiendo. La modestia con que ejecutó esta proeza (en ese lento o definitivo «atardecer» corrigió casi toda su obra y redactó unos cuarenta volúmenes de poesía, prosa y traducciones) hicieron

olvidar a los lectores que desde 1955 ya no podía leer ni borrar una sola línea. Pero si estas habilidades fueran el último recurso de un hombre ciego, la reflexión se agotaría, con mayor o menor emoción, en lo puramente biográfico. Lo que inquieta y fascina cuando se observa la oralidad de Borges es que estas formas arcaicas recorren todo su sistema literario. Y esto nos legitima para preguntarnos qué significó realmente aquel «generoso estilo de vida oral», con el que resumió su paso por España o la «conversada amistad» que sintetizó su vida porteña.

## II

En la biografía de Borges hay una serie de «cuadros» que describen el aprendizaje literario: los ilimitados libros ingleses de su padre, las bibliotecas, las consultas de las enciclopedias. No menos importantes –y ciertamente más curiosas– son las escenas que aluden a transmisiones orales. La abuela inglesa leyendo cuentos, el padre explicando las aporías de Zenón, la madre leyendo al padre ciego, la madre leyendo a Borges ciego, Evaristo Carriego recitando poemas en el salón de su casa, Macedonio Fernández y Rafael Cansinos Assens, definitivos «maestros orales», las tertulias de los sábados en Madrid y Buenos Aires, las charlas con Bioy y Silvina Ocampo, las conferencias como medio de subsistencia, las entrevistas y los reportajes, la escritura *dictada* de los últimos treinta años. Resulta difícil conciliar la pertenencia de Borges a la literatura alta – porque es uno de los más genuinos representantes en este siglo– con formas de reproducción del saber antiguas y, para las culturas urbanas, casi sospechosas. La incredulidad procede sin duda del modo de definir o de entender la oralidad. El término parece aludir a sociedades primitivas, que desconocen la escritura o cuyo miembros son analfabetos. Estas culturas de «oralidad primaria», para utilizar la denominación de Walter Ong<sup>1</sup>, son un modelo histórico –así fueron originariamente todas las culturas– o geográficamente bien delimitado. Pero es posible imaginar que en naciones alfabetizadas, regidas por la cultura del libro impreso y los medios de comunicación, puedan persistir formas pretéritas de oralidad y coexistir con las modernas tecnologías de la palabra. La Argentina de Borges, sobre todo la de su infancia, conservaba

<sup>1</sup> Ong llama «oralidad primaria» a la de una «cultura que carece de todo conocimiento de la escritura o de la impresión. Es «primaria» en contraste con la actual cultura de alta tecnología, en la cual se mantiene una nueva oralidad mediante el teléfono, la radio, la televisión y otros aparatos electrónicos que para su existencia y funcionamiento dependen de la escritura y de la impresión». *Oralidad y escritura*, 1997, México, FCE, pág 20.

numerosos vestigios de vida oral: los charlatanes que vendían cualquier cosa vendible, los que recogían hierros o vidrios, los afiladores de cuchillos, los organitos, los *canillitas* que gritaban las noticias de los diarios. Y también los «carritos repartidores» y «las sillas y personas que las noches impacientes de octubre» sacaban a la calle (que se citan en *Evaristo Carriego*) o la ruidosa multitud de los *almacenes* donde Borges oyó las entonaciones, las historias, los desafíos que su escritura intentó reproducir. Esta vocinglería de la vida pública se multiplicaba en otros escenarios: el «arte de hablar» de los políticos, la baja oratoria de la enseñanza y los exámenes, todavía presente en las expresiones *dictar* clase, *decir* la lección o en los legendarios discursos escolares de las fechas patrias.

Oralidad protocolaria o sensual que tenía su lado íntimo. En aquella vida criolla, la lectura o la recitación en voz alta, las fábulas orales, las *veillées*<sup>2</sup> a la manera antigua no eran prácticas periféricas o rurales, eran procedimientos incrustados en la alta cultura. La memoria de Borges, que todos consideraron siempre extraordinaria —y a la que Néstor Ibarra describió como «simultánea»—, albergaba poemas favoritos, coplas populares, letras de tango y fragmentos en prosa: textos orales que podía decir con voz de orillero, con tono neutro o en francés, inglés o alemán. No en vano una de sus astucias consistía en hablar mal de un poema y después recitarlo completo para asombro del interlocutor.

Estos desafíos verbales fueron una parte esencial de la vida literaria porteña, sobre todo en los años veinte y treinta, cuando casi no hubo cenáculos, homenajes, almuerzos y saraos donde Borges no participara. La «conversada amistad» tuvo como escenarios el mítico *Royal Keller*, «un restaurante bastante concurrido por literatos, cocainómanos, mujeres de aventuras» según Ulises Petit de Murat, donde se «hacía» la *Revista Oral*<sup>3</sup>

<sup>2</sup> Du Fail hizo la primera descripción de esta «institución» francesa, la *veillée*: «reunión nocturna junto a la chimenea, donde los hombres reparaban sus herramientas y las mujeres hilaban mientras escuchaban los cuentos que registrarían los folkloristas 300 años después, y que ya tenían siglos de antigüedad». En Robert Darnton: «Los campesinos cuentan cuentos. El significado de Mamá Oca», *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, México, FCE, 1987, pág 24.

<sup>3</sup> «El auditorio se congregaba frente a una hilera de mesas ocupadas por los redactores. El director leía las páginas editoriales, que eran aceptadas o rechazadas por los contertulios. Hubo noches memorables, verdaderos números extraordinarios, como aquellas en las que se enjuició a Lugones y a Gerchunoff. La «acusación» corría siempre por cuenta de Hidalgo y, para la defensa, se elegía a alguien no muy convencido de la inocencia de su apadrinado: por ejemplo, el «caso» Gerchunoff, defendido por Borges. Pero la «gran noche» de la revista oral fue la que se dedicó a Marinetti. Según la tradición, el público cubrió la entonces angosta calle Corrientes. La revista «publicó» diez números». En Héctor René Lafleur, Sergio Provenzano, Fernando Alonso: *Las revistas literarias argentinas*, Buenos Aires, CEDAL, 1968, pág 105.

de Alberto Hidalgo, o las tertulias literarias del *Castelar*, del Café *La Cosechera*<sup>4</sup> o de *La Perla* donde se reunía con Macedonio Fernández.<sup>5</sup>

Esa intensa vida oral incluía el debate de ideas, chismes, propuestas, informaciones y argumentos de futuros, imposibles e inexistentes libros. Pero también se contaban historias que podían tener los límites de la «anécdota» o la extensión de una fábula moderna a medio camino entre la historia y el costumbrismo.

A Dabove le interesaba (dice Borges) «la crónica épica de las orillas, las historias de los guapos. Las refería sin el menor acento admirativo o sentimental. No olvidaré una anécdota suya: la inauguración de una casa mala en un pueblo de la provincia de Buenos Aires. Los «niños bien», que conocían la capital, tuvieron que explicar el insólito establecimiento a los grandes malevos, que sólo habían gustado hasta entonces de los amores del zaguán o de la intemperie.<sup>6</sup>

Estos hombres cultos seguían el mismo ritual de aquellas viejas escenas populares donde alguien leía o hablaba y los demás escuchaban; y lo hacían para *aprender*, aunque lo aprendido fuera curiosamente de signo inverso. El analfabeto conocía del narrador o lector las magias de la literatura impresa, el oyente culto aprendía en esas tertulias los argumentos de la imaginación popular. También las modulaciones de la voz, las astucias de los narradores, la finalidad puramente lúdica de esas fábulas orales. Si «los relatos que se contaban en un bar donde se reunían choferes de taxi», fueron – según confesó Adolfo Bioy Casares<sup>7</sup> – la fuente de *El sueño de los héroes*, ¿qué encontró Borges en aquellos comercios orales?

La pregunta, escasamente retórica, tiene una primera respuesta en esos textos «criollistas» que no pasaron a formar parte de ningún libro<sup>8</sup> o que figuraban en obras que fueron reescritas o desestimadas: *Fervor de Buenos*

<sup>4</sup> *La presencia de Borges en estas tertulias y la lista de sus participantes se refieren en: Ricardo Llanes: La Avenida de Mayo, Buenos Aires, Editorial Guillermo Kraft, 1955, pág 299-300.*

<sup>5</sup> «*Todos los sábados, durante un tiempo que acabó midiéndose por años, nos congregaba la tertulia de Macedonio, hoy casi legendaria, en una desmantelada confitería de la calle Jujuy. A veces conversábamos hasta el alba.*» *En el prólogo a La muerte y su traje de Santiago Dabove, Buenos Aires, Alcándara, 1961, pág 7, Borges refiere con palabras muy parecidas las reuniones en Madrid presididas por Rafael Cansinos Assens: «Todos los sábados iba al café Colonial donde nos encontrábamos a medianoche y la conversación duraba hasta el alba.» Essai d'autobiographie, Livre de préfaces, Paris, Gallimard, 1980, pág 251.*

<sup>6</sup> *En Santiago Dabove, op. cit.*

<sup>7</sup> *La invención y la trama, Barcelona, Tusquets, 1991, pág 258.*

<sup>8</sup> *Tommaso Scarano, Varianti a stampa nella poesia del primo Borges, Pisa, Giardini, 1987; Jorge Luis Borges, Textos recobrados, Barcelona, Emecé, 1997.*